

La Mantis versus el puñal de
obsidiana y otros relatos

Cuentos

Andrés Fernando Castaño

©2017

La mantis y el puñal de obsidiana

A la memoria de “El Gallo Biónico”, Johnny

Owen

(1956-1980)

*«El boxeo es un juego de insensatos, no de
intelectuales»*

Jorge Luís Borges

1

El 4 de noviembre de 1980 el mundo entero supo que “El gallo biónico” había muerto. Casi cinco semanas atrás, Lupe Pintor, “El Indio”, lo vencía ferozmente, dejándolo tendido sobre el

2

cuadrilátero del Olympic Auditorum de Los Ángeles, California, al que subió a defender a capa y espada el trono mundial en la categoría del peso gallo. Tras la paliza, el joven pugilista galés entró el profundo pozo sin fondo de la inconsciencia, de la que ya no saldría nunca. “El Indio” consiguió lo imposible: demoler la resistencia del valeroso púgil, conjurando de paso, su mayor temor: que le arrebatasen la corona del mundo; nadie en ese instante, podía advertir sobre las consecuencias trágicas de aquella batalla épica.

Pese a ser vencido por su contendor sobre el ring, el “El gallo biónico”, siguió luchando contra otro, poderoso y vasto: por cuarenta y seis días más, desafió a la muerte. Owen se portó como un toro de lidia; no cejó en ningún instante —a pesar del exhaustivo peso de los doce asaltos, de la resistencia descomunal de su contendor— de intentarlo: sabía que era su pelea definitiva, a la que se consagró, al punto incluso, de ser entronizado en los altares del martirologio

pugilístico mundial con una estatua en bronce en su pueblo natal, Methyr.

¿Qué otra cosa es el boxeo, sino la representación simple del fatum combativo que comporta la vida? ¿Y acaso qué otra cosa es la vida, sino una lucha que no cesa hasta el último instante? El boxeo es el canto que divide las dos caras del óbolo: la vida y la muerte.

“El Indio”, es un muchacho de dientes dispares, al que también apodan “El Grillo de Cuajimalpa”. A puñetazos, se ganó el respeto de los bravucones del distrito de La Colonia. Por obra y gracia de sus puños prodigiosos, les hizo tragar sus bravuconadas —la rabia como única manera de obtener carta de ciudadanía en ese mundo revestido de sórdida brutalidad; lírico, para algunos y épico para otros: el del boxeo aficionado— a quienes se atrevieron a matonearle. Con ese boleto apretado en el puño, saldría al fin del barro de su miseria ignominiosa. Tal era, o parecía, el único destino de miles de chamacos condenados por nacer en las goteras de

ese monstruoso e inconmensurable perfil difuminado tras la incesante tormenta de smog: la tumultuosa Ciudad de México.

—Aquí los grandes humillan a los chicos... (Por eso) me metí al boxeo, para pegarles a los grandulones; el que se metía conmigo, no le iba muy bien... —dice el ex púgil mexicano, matizando una prepotente humildad con su sonrisa de dientes torcidos que intenta ocultar de la omnipresente cámara de la BBC, que ha ido expresamente hasta el D.F junto con el padre del difunto Gallo Biónico, para entrevistarlo.

Tras dos décadas de aquella épica hazaña convertida en tragedia, en la que Owen ofrendó su vida, para que finalmente Pintor se embriagase de gloria, una sombra sempiterna de devastación parece oscurecer su expresión victoriosa.

Johnny Owen casualmente llevaba el mismo apellido que el malogrado poeta inglés abatido durante la Gran Guerra. El teniente Wilfred Owen cayó ametrallado por las máquinas de repetición alemanas, a orillas del canal Sambre-